



EL DESQUITE DEL DOLAR

MIL novecientos setenta y dos será el año de Europa», había anunciado Henry Kissinger en un tono de voz que nada bueno parecía presagiar. Y ha cumplido la palabra dada. Los Estados Unidos acaban de infligir al Mercado Común una severa derrota económica con la ayuda de los productores árabes de petróleo. Al socaire del conflicto árabe-israelí, el dólar sube vertiginosamente, mientras las divisas europeas se debaten en retirada.

Ya hacía tiempo que las cancillerías del viejo continente temían la ofensiva de Kissinger. La mayoría la esperaban para el otoño, cuando debía celebrarse en Nairobi la conferencia del Fondo Monetario Internacional en torno a la reforma del sistema monetario internacional o para el inicio de las negociaciones comerciales de la Ronda Nixon en Tokio.

Ahora bien, ni en la capital de Kenia ni en la de Japón llegaron a producirse los temidos enfrentamientos. El ministro americano de Finanzas, George Schultz, lejos de dar puñetazos en la mesa de negociaciones, se mostró extrañamente conciliador. Así fue como se elaboraron las directrices de un compromiso general relativo a las tarifas aduaneras y a la suerte de las monedas fuertes en Occidente. En todas las capitales del Mercado Común se oyó un suspiro de alivio. El peligro parecía sorteado: 1973 iba a acabar sin que llegaran a concretarse las amenazas de Kissinger.

Pero los últimos acontecimientos demuestran lo equivocado de aquel optimismo. La reducción de los envíos de petróleo árabe y el encarecimiento del producto precipitan a Europa en una crisis que no afecta tan directamente a los Estados Unidos. La escasez de petróleo conducirá inexorablemente a la desaceleración del ritmo de crecimiento de las industrias del Mercado Común y las colocará en posición de inferioridad competitiva. Este «hándicap» se verá agravado por el aumento del precio del petróleo, que repercutirá en los precios de fabricación y, por lo tanto, en los de venta al público y exportación.

El Ministerio francés de Finanzas ha calculado en más de un 6 por 100 el aumento del coste global de las importaciones de ese país como consecuencia de la elevación del precio del petróleo. Las reservas de divisas del país, que habían aumentado sin cesar a partir de 1969, han iniciado un descenso este otoño. Este fenómeno podría agravarse. Giscard d'Estaing, que había animado a los industriales franceses a exportar sus capitales e invertir en el extranjero, proyecta ahora restringir las inversiones galas en el extranjero, a fin de mantener las reservas del Banco de Francia.

Este fenómeno de degradación de la posición competitiva de Francia se extiende a otros países y afectará de modo particular a Alemania, que depende muy directamente del petróleo del golfo Pérsico y Libia.

Pero la principal víctima del actual estado de cosas es el Japón. Este país importa de los países árabes el 85 por 100 del total del petróleo que consume. Además de tener que pagar un precio más elevado por ese petróleo, el Japón habrá de hacer frente a la reducción del 25 por 100 de sus suministros procedentes del golfo Pérsico, reducción acordada por los árabes como represalia por la política de «complicidad» con Israel que ha seguido dicho país. En el Japón, donde la elevación de los precios durante este año ha sido de entre un 15 y un 20 por ciento (uno de los índices más elevados del mundo), la inflación tiende a crecer. Por otro lado, la expansión galopante «a la japonesa» va a resentirse gravemente de la falta de energía. Se prevé para los próximos meses un estancamiento económico que provocará una gran ola de paro.

Ahora bien, la situación económica y financiera del Japón se viene deteriorando desde comienzos del presente año. Las reservas de divisas han descendido en breve plazo de 19.000 a 15.000 millones de dólares. El «milagro» japonés ha sufrido, pues, un duro golpe. Y el Gobierno de Tokio acaba de tomar una medida muy significativa. Ha devaluado en un 2 por ciento el yen, moneda que, hace sólo unos meses, era objeto de desorbitadas especulaciones al alza.

La revaluación del dólar con relación al franco, al marco, a la libra esterlina o al yen es tanto

más acusada cuanto que, después de las diversas devaluaciones sufridas por la moneda americana entre 1971 y 1973, la balanza comercial se recupera mucho más rápidamente de lo que pensaban incluso los más optimistas entre los expertos de Washington. Fuertemente deficitaria en 1972, la balanza comercial estadounidense no sólo habrá conseguido equilibrarse para cuando acaba este año, sino que disfrutará incluso de un excedente. Nadie pensaba que esto se conseguiría antes de 1974.

Por otra parte, el alza del dólar en el mercado internacional de divisas se ve artificialmente estimulada por el juego de la especulación. Los especuladores que llevaban varios meses jugando a la baja del dólar se han visto sorprendidos por la inversión de la tendencia. Así han tenido que comprar ingentes cantidades de dólares, de esos mismos dólares de los que habían tratado de deshacerse meses antes.

Por último, la guerra árabe-israelí ha provocado importantes destrucciones de material militar. Parte de los envíos soviéticos de armas a los países árabes deberá pagarse al contado. Ahora bien, Moscú no reconoce otra divisa que el dólar para la cuestión de pagos internacionales. Los países árabes se verán, pues, obligados a recurrir a sus reservas de divisas americanas y a vender otras divisas para procurarse dólares con que pagar sus deudas con la Unión Soviética. De ahí la súbita

EL ALZA DEL PRECIO DEL PETROLEO VA A SACUDIR A TODAS LAS ECONOMIAS, SALVO A LA NORTEAMERICANA

revalorización de la moneda americana.

Para los países árabes, la guerra ha sido una operación en extremo costosa. Los árabo-dólares, calculados en unos 15.000 millones, antes de los recientes acontecimientos, han debido de quedar reducidos casi a la mitad por culpa del conflicto. La reconstrucción de los «stocks» de armamentos, la reconstrucción de las zonas destruidas durante las hostilidades y la eventual puesta en funcionamiento del canal de Suez van a exigir miles de millones de dólares. Al menos por el momento, los árabo-dólares no podrán utilizarse como fuerza de disuasión económica para influir sobre la orientación del mercado monetario mundial. Habrá que reconstituir antes de nada las reservas de los Bancos de Ryad, Bagdad o El Cairo. A ello contribuirá, sin lugar a dudas, la elevación masiva del precio del petróleo. Los ingresos petroleros de los países árabes, que fueron del orden de 12.000 millones de dólares en 1973, alcanzarán en 1974 una cifra aproximada de 20.000 millones. Esta cifra podría superarse incluso si los países de la OPEP decidiesen nuevas elevaciones del precio del crudo. En tal caso, los principales afectados serán nuevamente Europa y el Japón.

Al socaire del conflicto de Oriente Medio vamos, pues, a asistir a una redistribución de las cartas en el juego monetario internacional. «En 1974 —declaraba recientemente Donald T. Reagan, vicepresidente del Stock Exchange (la Bolsa neoyorquina)—, la economía americana se restablecerá, el dólar continuará su tendencia alcista, mientras que el marco y las divisas europeas se debilitarán».

No obstante, a pesar del alza espectacular del dólar, los Estados Unidos no lograrán soslayar totalmente las dificultades a que habrán de hacer frente Europa y el Japón por culpa del aumento del precio y la escasez provocada del petróleo. Los consumidores se quejan de no encontrar en los supermercados todo lo que buscan. Gracias a Kissinger esperan los Estados Unidos sacar sus castañas del fuego en el asunto del petróleo del Oriente Medio. Pero el mal que hoy aqueja a Europa cruzará el Atlántico más tarde o más temprano. ■ JACQUES MOR-
NAND.

EL ORO, EN LIBERTAD VIGILADA

Aprovechándose de la situación creada por la revalorización del dólar, Arthur Burns, presidente del Federal Reserve Board, ha anunciado la supresión del doble mercado del oro. Esta medida técnica es el preludio de decisiones posteriores más importantes: de aquí a unos meses, ya no habrá un precio oficial del oro de 42 dólares la onza que pueda servir de base para las operaciones comerciales de los Bancos centrales y un precio de mercado libre (de cerca de 100 dólares la onza). Los Bancos centrales podrán contabilizar entonces su oro al precio del mercado libre, venderlo y comprarlo a ese precio. Las consecuencias de esa reforma, cuyas primicias ya vemos perfilarse, serán las siguientes:

1. Los Bancos centrales tendrán más disponibilidades: descongelarán sus reservas de oro, que envían hasta ahora bloqueado, ya que se negaban a vender ese metal a un precio equivalente a menos de la mitad de su valor real.

2. Aquellos Bancos centrales que disponen de importantes reservas en oro, como el Banco de Francia o el de Italia, saldrán beneficiados. Francia, por ejemplo, ganará con la operación unos 5.000 millones de dólares.

3. Los Bancos centrales que disponen de poco oro, como el Federal Reserve Board, de Washington, o los Bancos de Alemania o el Japón se verán, por el contrario, perjudicados.

4. La eventual salida al mercado de una parte del oro actualmente acumulado en los Bancos centrales provocará, en el mercado mundial del oro, una tendencia a la baja, cuyos primeros indicios se están ya manifestando. Todo ello favorecerá una ulterior revaluación del dólar.

La decisión tomada por los Estados Unidos de suprimir el doble mercado del oro le fue al parecer impuesta, sin consulta previa alguna, a la comunidad financiera internacional con ocasión de la última reunión de los gobernadores de los Bancos centrales del grupo de los «Veinte», celebrada en la sede de la Banque des Règlements internationaux de Basilea, Suiza. Hoy es el dólar el que dicta su ley.

Los Contemporáneos

LA MADUREZ DEL MELÓN

¿Cuánto tiempo tarda un español en madurar? Es una cuestión que la ciencia no está todavía en condiciones de responder con seguridad. Los tratadistas no se ponen de acuerdo. Se sabe cuándo madura un pepino, un tomate:

no se sabe cuándo un español está maduro. No es un caso único. Pasa también con los melones. El comprador de melones olatea sus extremos, palpa su parte ancha, se lo acerca al oído para escuchar una misteriosa melodía que debe haber en su interior y, finalmente, no sabe lo que sucederá cuando en su casa lo abra para postre del festín dominical. El melón es un enigma nacional simbólico. El español parece ser un enigma real. Son un postre sorpresa.

Los estudios que se realizan acerca de la madurez del español están bastante avanzados, pero no concluidos. A medida que el tiempo pasa se hacen nuevos hallazgos. Recuerdo que hace unos cuatro años se hablaba de que el español conseguía su madurez a los treinta años. El año siguiente se hablaba de treinta y uno, al otro de treinta y dos. Cuanto termina este, se considera óptima la cifra de treinta y cuatro. Cito a un conecedor tan importante del tema como lo es don José Martínez Emperador, consejero nacional, quien, hablando en la Jefatura Local del Movimiento de Tetuán de las Victorias (Madrid), ha dicho la semana pasada: «Nosotros entendemos que en treinta y cuatro años de régimen, el pueblo español ha llegado a su mayoría de edad», y ha añadido fogosamente, con ardor científico: «Es inadmisibles que a este pueblo se le trate de tutelar en función de un paternalismo trasnochado, que nadie ahora, a no ser los mesiánicos a ultranza, consideran que la salvación de los pueblos está siempre en sus manos». Estas declaraciones concuerdan, ya que no con la sintaxis (sin duda, por los errores propios de la transcripción periodística, lo que se llama la entropía del mensaje) con otras hechas en Tarragona por don Manuel Cantarero del Castillo, presidente de la Agrupación Nacional de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes: «En España se dan actualmente las condiciones para un funcionamiento democrático», aun-

que no concuerden en otras cosas. Sin embargo, otro español de primera, don Emilio Romero, cree que la cuestión es que nos hemos pasado: «No comparto tampoco eso de que somos menores de edad para la Democracia liberal; lo

que nos ocurre es todo lo contrario. Nos hemos pasado de edad». Es, sin duda, un fastidio. El señor Romero escribe: «Cuando comienza otra temporada política», con lo cual coincide con los demás en que estamos en un momento de ¿qué? De algo. Su versión del «desarrollo político» —al fin, desarrollo es un camino hacia la madurez, hacia la mayoría— es la que se refiere «al enriquecimiento de las formas del poder para alcanzar la antítesis del Estado liberal, y que es el Estado comunitario, sin caer en el riesgo de ser el Estado totalitario», porque, si en otras partes la sociedad tiene que defenderse del poder, «aquí el poder tiene que defenderse de la sociedad». Una penosa situación para el poder de la cual, sin embargo, ha sabido salir con eficacia y sin ninguna pérdida en los últimos treinta y cuatro años que cita el señor Martínez Emperador. Por todo ello, don Emilio Romero sabe ya lo que no va a pasar: «Lo que no espero es que el pluralismo signifique pluralizar, ni el evolucionismo suponga abrir de nuevo el viejo tiempo de las cábilas políticas». Ni yo tampoco. Si yo alguna vez hubiese esperado que el pluralismo supusiera pluralizar es que no habría comprendido jamás las finas sutilezas semánticas del neocastellano (1).

En todo caso, a las ideas de que hemos alcanzado o vamos a alcanzar la madurez que emiten algunos, se oponen las de que nos hemos pasado ya, que emiten otros. Problema de melones. A los melones, para saber de verdad si están verdes, maduros o pasados, no hay más solución que abrirles una cala en el vientre. La práctica el melonero con un largo y agudo cuchillo, y el comprador sale de dudas. Pero para el melón es ya demasiado tarde. Ha muerto.

(1) En la sección «Hemeroteca», de las páginas 89 a 91 de este mismo número, aparecen extractos de las declaraciones de los señores Martínez Emperador y Cantarero del Castillo, y del artículo de don Emilio Romero.

POZUELO